

Personas mayores y trabajo no remunerado: La tarea que no termina.

Trayectorias y persistencia de las desigualdades de género durante la vejez.



ANIVERSARIO

Observatorio del
Envejecimiento



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Compañía de Seguros

confuturo[®]
SOMOS CChC

Introducción

El aumento de la esperanza de vida y la disminución de la fecundidad han incrementado el peso relativo de las personas mayores, configurando un escenario que desafía las políticas públicas y obliga a repensar la forma en que la sociedad comprende el envejecimiento. En este contexto, el debate suele concentrarse en las necesidades asociadas a esta etapa, por ejemplo, la salud, las pensiones o los cuidados de largo plazo, mientras recibe mucha menos atención el conjunto de contribuciones que las propias personas mayores continúan realizando al bienestar de sus hogares y comunidades.

Una de las expresiones más relevantes de estas contribuciones es el trabajo no remunerado, entendido como el conjunto de actividades productivas realizadas sin una contraprestación económica, como el trabajo doméstico, los cuidados y el voluntariado. Aunque estas actividades son esenciales para el funcionamiento de los hogares y la reproducción del bienestar social, históricamente han permanecido invisibilizadas por las estadísticas económicas y el debate público. Las encuestas de uso del tiempo han permitido dimensionar su magnitud y evidenciar las importantes desigualdades de género que caracterizan su distribución, tanto en Chile como en el resto del mundo.

Sin embargo, gran parte de esta evidencia se ha concentrado en las etapas de crianza y vida laboral activa. Sabemos mucho menos sobre lo que ocurre durante la vejez, donde suele asumirse que la salida del mercado laboral y la emancipación de los hijos reducen las responsabilidades de trabajo no remunerado. Esta interpretación invisibiliza la continuidad del trabajo doméstico, la reconfiguración de las labores de cuidado y el creciente rol comunitario que muchas personas mayores desempeñan.

Este reporte sostiene que el trabajo no remunerado no desaparece con el envejecimiento, sino que se transforma. Las responsabilidades cambian de contenido y destinatario, desde la crianza hacia el cuidado de parejas, padres, nietos u otras personas mayores, junto con una mayor participación comunitaria, pero continúan distribuyéndose de manera desigual entre hombres y mujeres. Desde una perspectiva de curso de vida, la vejez constituye una oportunidad para comprender cómo la división del trabajo no remunerado acumula y reconfigura desigualdades a lo largo de las trayectorias vitales.

Para abordar esta perspectiva, el estudio combina evidencia cuantitativa de la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT 2023), realizada por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE), con entrevistas a nueve personas mayores de la Región Metropolitana y a expertas en cuidados, género y envejecimiento: María Beatriz Fernández, académica del Instituto de Sociología UC e investigadora asociada del Instituto Milenio para la Investigación del Cuidado (MICARE), y Cristina Vio, directora ejecutiva de Comunidad Mujer, organización con más de 24 años de trabajo en los ámbitos de cuidados, autonomía económica y liderazgo de las mujeres. Con ello, el reporte busca contribuir al debate sobre envejecimiento reconociendo el rol de las personas mayores en el sostenimiento cotidiano del bienestar familiar y comunitario.

1. Transformaciones del trabajo no remunerado a lo largo del curso de vida

El trabajo no remunerado comprende el conjunto de actividades indispensables para sostener la vida cotidiana, el bienestar de los hogares y el funcionamiento de la sociedad, que se realizan sin recibir una remuneración económica¹. Incluye el trabajo doméstico, las actividades de cuidado y el trabajo destinado a otros hogares y a la comunidad (Recuadro 1). Aunque estas tareas están presentes a lo largo de todo el curso de vida, su intensidad y composición no permanecen estáticas, sino que se modifican conforme cambian las trayectorias familiares, laborales y de salud de las personas.

En este contexto, el envejecimiento suele asociarse a una disminución de las responsabilidades cotidianas producto de la salida del mercado laboral, la emancipación de los hijos o la persistencia de estereotipos que vinculan la vejez con la pérdida de autonomía. Desde esta perspectiva, cabría esperar una reducción significativa del tiempo destinado al trabajo no remunerado. Sin embargo, esta interpretación resulta incorrecta. Si bien algunas responsabilidades disminuyen con el paso de los años, otras adquieren mayor relevancia o se transforman, dando lugar a nuevas formas de participación en el sostenimiento de los hogares, las familias y las redes comunitarias.

Con información de la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT 2023), este capítulo analiza la evolución de la participación y del tiempo total destinado a estas actividades para la población nacional de 12 años y más. Posteriormente, se examinan las diferencias de género en dichas actividades, considerando un análisis detallado de sus dimensiones, es decir, del trabajo doméstico, las actividades de cuidado y el trabajo para otros hogares y la comunidad, evidenciando que la relativa estabilidad del tiempo total destinado al trabajo no remunerado oculta transformaciones en su composición.

¹ En la literatura técnica en la temática, esto se conoce como aquel trabajo que se realiza al margen del Sistema de Cuentas Nacionales (SCN) tradicional y del cálculo del PIB, al ocurrir fuera de la "frontera de producción" de mercado. Dicho esto, constituyen una contribución significativa a la economía nacional, representando el 19,2% del PIB ampliado al año 2025, de acuerdo con cálculos realizados por Comunidad Mujer y el Ministerio de Hacienda.

Recuadro 1: ¿Qué entendemos por trabajo no remunerado?

El trabajo no remunerado comprende actividades realizadas sin recibir una remuneración económica directa y que contribuyen al bienestar de las personas, los hogares y las comunidades. A diferencia del trabajo remunerado, estas actividades se desarrollan fuera del mercado laboral, aunque son fundamentales para el funcionamiento cotidiano de la sociedad.

La Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT) distingue tres grandes dimensiones del trabajo no remunerado:

- ▶ **Trabajo doméstico no remunerado para el propio hogar:** incluye actividades destinadas a la mantención y gestión cotidiana del hogar, tales como preparar alimentos, limpiar, lavar ropa, realizar compras o administrar gastos domésticos.
- ▶ **Trabajo de cuidados no remunerados:** comprende las actividades de atención y apoyo brindadas a integrantes del hogar que requieren asistencia, incluyendo cuidados personales, acompañamiento, apoyo escolar, administración de tratamientos y traslados, entre otras.
- ▶ **Trabajo voluntario y ayudas a otros hogares:** considera las actividades realizadas en beneficio de personas de otros hogares o de organizaciones sin fines de lucro, incluyendo labores de apoyo doméstico, cuidados y voluntariado.

Cada una de estas dimensiones agrupa un conjunto específico de actividades que permiten medir la participación y el tiempo dedicado al trabajo no remunerado. El siguiente cuadro presenta las categorías consideradas por la ENUT 2023 para cada una de ellas.

Tabla 1: Dimensiones, subdimensiones y actividades que componen al trabajo no remunerado, medidas en ENUT 2023.

Dimensión	Subdimensión	Actividades ENUT 2023 consideradas
Trabajo doméstico no remunerado para el propio hogar.	Alimentación	Cocinar, preparar o calentar alimentos; poner o recoger la mesa; lavar, secar o guardar la loza; limpiar la cocina.
	Limpieza y mantención	Sacudir, barrer, hacer la cama, trapear o limpiar el baño; sacar, separar o reciclar la basura; lavar, tender o secar la ropa; planchar, doblar o guardar la ropa; coser ropa, pegar botones, hacer bastas o lustrar zapatos.
	Administración del hogar	Planificar las cuentas y los gastos del hogar; pagar cuentas o hacer trámites; hacer compras para el hogar de manera presencial o por internet.
	Mantención de bienes	Realizar reparaciones menores en la vivienda; realizar mantenimiento a vehículos o bienes del hogar.
	Cuidado de entorno	Cuidar mascotas; cuidar plantas.

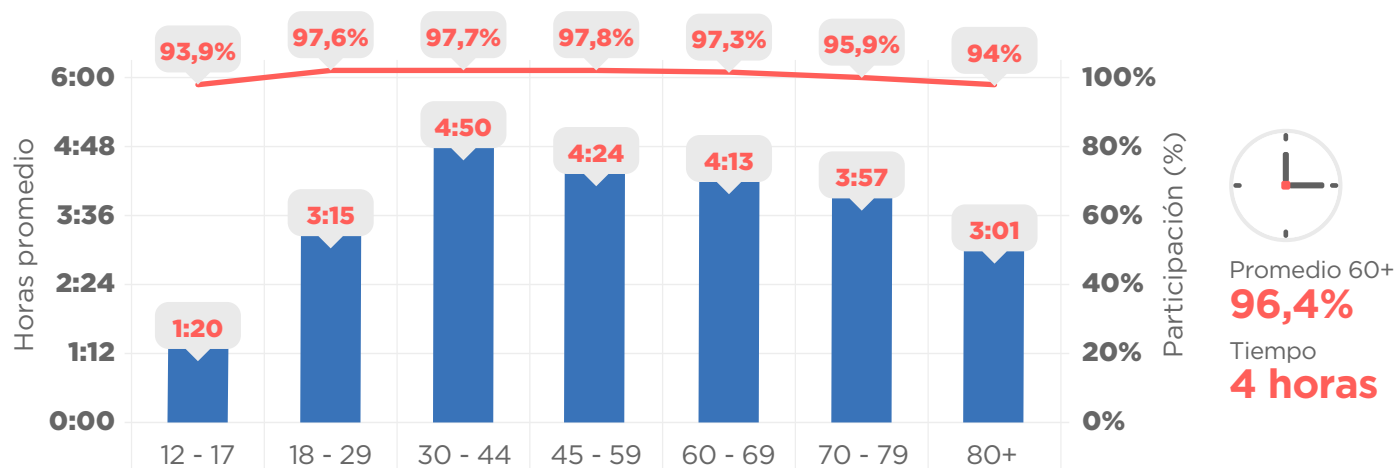
Dimensión	Subdimensión	Actividades ENUT 2023 consideradas
Trabajo de cuidados no remunerado	Otras actividades de cuidado	Ayudar a comunicarse; leer, contar cuentos o jugar con alguna persona.
	Cuidados esenciales a integrantes del hogar	Mudar o acompañar al baño; bañar o asear; vestir o arreglar; dar de comer; ayudar a caminar, desplazarse o cambiar de posición; acostar o hacer dormir.
	Cuidados relativos a la enseñanza	Llevar o ir a buscar a un establecimiento educacional; ayudar con tareas escolares; asistir a actividades de colegio o jardín.
Voluntariado y ayudas a otros hogares	Cuidados para otros hogares	Cuidado de personas de otros hogares de 0 a 14 años; cuidado de personas de otros hogares de 15 a 59 años; cuidado de personas de otros hogares de 60 años o más.
	Trabajo doméstico para otros hogares	Ayudar a personas de otros hogares con sus tareas domésticas.
	Trabajo voluntario comunitario o social	Trabajar como voluntario en alguna institución sin fines de lucro; realizar otros trabajos voluntarios.

Fuente: Elaboración propia a partir del formulario de la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT) 2023, Instituto Nacional de Estadísticas (INE).

1.1 Evolución de la participación y dedicación al trabajo no remunerado

La presencia del trabajo no remunerado es transversal a las distintas etapas del curso de vida. Como muestra el Gráfico 1, más del 93% de la población realiza algún tipo de trabajo no remunerado en un día tipo, independientemente de la edad. Esta elevada participación evidencia que estas actividades constituyen un componente estructural del funcionamiento cotidiano de los hogares y del bienestar social.

Gráfico 1:
Participación y dedicación horaria de trabajo no remunerado, según tramo etario.



Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2023.

Nota: Horas promedio corresponden a dedicación en un día tipo.

No obstante, aunque la participación permanece relativamente estable, la intensidad del trabajo no remunerado experimenta variaciones importantes. Durante la adolescencia y la juventud temprana las personas dedican poco más de una hora diaria a estas actividades. Posteriormente, el tiempo aumenta de manera sostenida hasta alcanzar su máximo entre los 30 y los 44 años, con una dedicación diaria promedio de 4 horas y 50 minutos, etapa en la que convergen las mayores responsabilidades laborales, domésticas y de cuidado. A partir de entonces comienza un descenso gradual, aunque considerablemente menos pronunciado de lo que habitualmente se supone.

La dedicación al trabajo no remunerado se mantiene relativamente estable durante la transición hacia la vejez: las personas de 45 a 59 años dedican, en promedio, 4 horas y 24 minutos diarios al trabajo no remunerado, apenas 11 minutos más que quienes tienen entre 60 y 69 años, cuya dedicación en un día tipo alcanza las 4 horas y 13 minutos diarios. Entre los 70 y 79 años, la dedicación diaria en labores no remuneradas continúa superando las 3 horas y media, disminuyendo recién a partir de los 80 años.

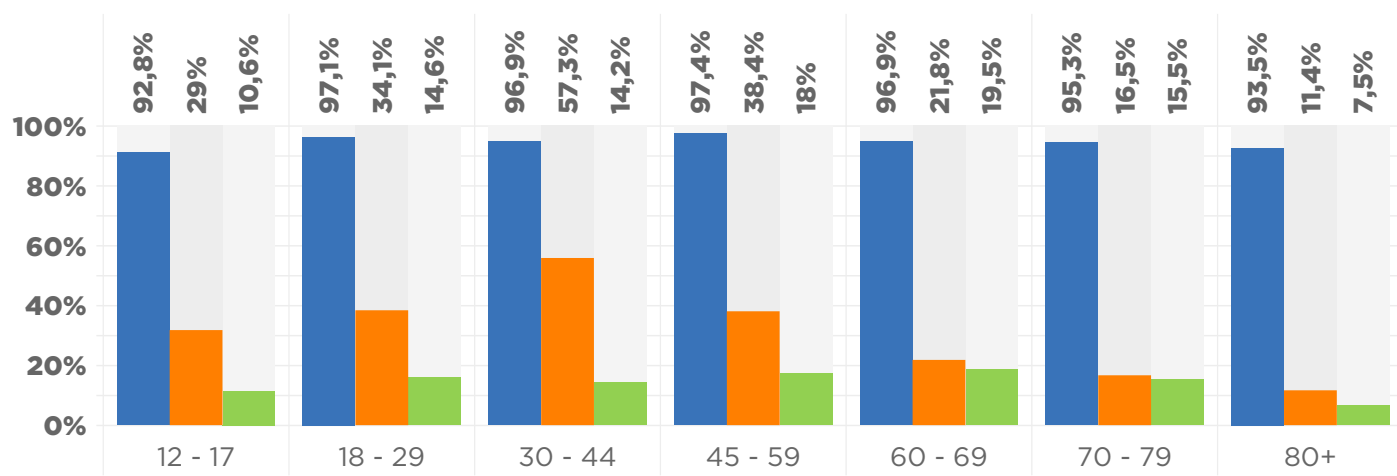
Este resultado cuestiona una de las imágenes más extendidas sobre el envejecimiento, según la cual la vejez representa una etapa de retiro progresivo de las responsabilidades domésticas cotidianas. La evidencia muestra una realidad distinta: las personas, a medida que envejecen, continúan generando parte importante del trabajo que permite el funcionamiento diario de los hogares y el bienestar de otras personas.

1.2. Transformaciones en la composición del trabajo no remunerado

Si bien la participación y dedicación diaria en actividades no remuneradas se mantiene alta a lo largo de la adultez y la vejez, dicha estabilidad ofrece una visión parcial del fenómeno, al no especificar en cuáles tareas se produce dicha participación. Por ejemplo, mientras que, durante la adultez una proporción importante del tiempo suele concentrarse en la crianza de hijos e hijas, durante la vejez adquieren mayor relevancia otras formas de trabajo vinculadas al sostenimiento cotidiano del hogar, al cuidado de la pareja, de otras personas mayores o de nietos, así como a la participación en organizaciones y redes comunitarias.

En este contexto, una pregunta relevante es cómo se transforman las labores no remuneradas a medida que avanzan las trayectorias de vida. Para responder a esta pregunta, los Gráficos 2 y 3 desagregan el trabajo no remunerado en tres grandes dimensiones: trabajo doméstico, actividades de cuidado y trabajo para otros hogares y la comunidad (detalles de cada dimensión en Recuadro 1).

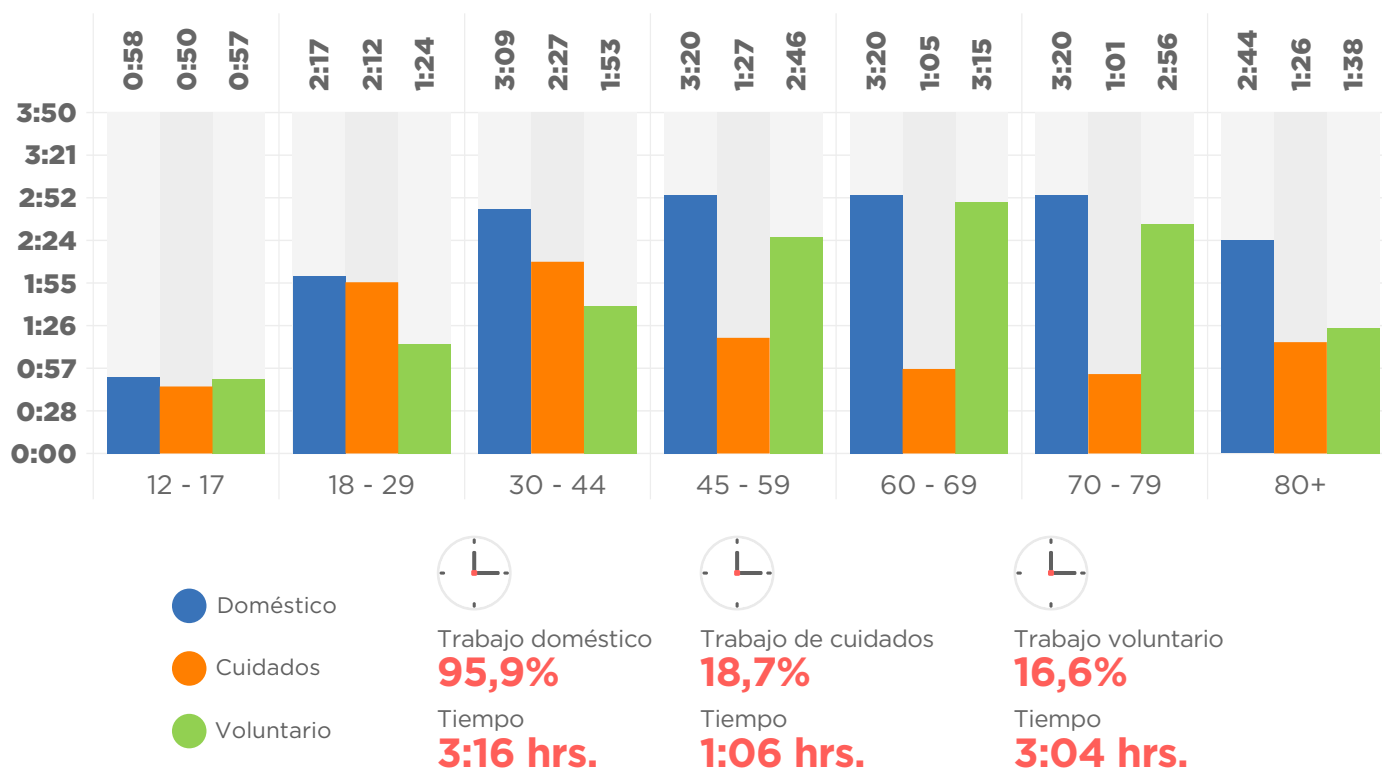
Gráfico 2:
Participación en trabajo no remunerado, según dimensión y tramo etario.



Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2023

● Doméstico ● Cuidados ● Voluntario

Gráfico 3:
Dedicación horaria en trabajo no remunerado, según dimensión y tramo etario.



Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2023.

Nota: Los valores corresponden al tiempo promedio diario destinado a cada actividad entre las personas que la realizaron en un día tipo (promedio entre participantes), por lo que no representan el promedio de la población total.

Mediante la lectura de ambos gráficos, se observa que el **trabajo doméstico** constituye la dimensión más estable. Más del 90% de la población participa en estas actividades en prácticamente todos los grupos etarios y, entre quienes las realizan, la dedicación diaria se mantiene sobre las tres horas entre los 30 y los 79 años, disminuyendo únicamente entre las personas de 80 años y más y en los jóvenes y adolescentes. A diferencia de otras formas de trabajo no remunerado, el trabajo doméstico representa una infraestructura cotidiana que debe sostenerse mientras exista un hogar, independientemente de la etapa del curso de vida de quienes lo integran.

Las **actividades de cuidado**, en cambio, siguen una trayectoria asociada a las distintas responsabilidades familiares. La participación alcanza su máximo entre los 30 y los 44 años, cuando el 57,3% de las personas declara realizar alguna actividad de cuidado, disminuyendo posteriormente a 38,4% entre quienes tienen entre 45 y 59 años. En la población mayor la participación continúa reduciéndose, aunque se mantiene en niveles relevantes: alrededor de una de cada cinco personas entre los 60 y los 69 años (21,8%) realiza tareas de cuidado en un día tipo. Una evolución similar se observa en la intensidad

de estas actividades. Entre quienes cuidan, la dedicación alcanza su máximo entre los 30 y los 44 años, con un promedio de 2 horas y 27 minutos diarios, cifra cercana a las 2 horas y 12 minutos registradas entre los jóvenes de 18 a 29 años, para luego disminuir gradualmente en las edades posteriores. Por ejemplo, entre el 21,8% de los sexagenarios que declaran realizar tareas de cuidado, dedican un promedio cercano a la hora en un día tipo en dichas actividades.

La trayectoria del **trabajo para otros hogares y la comunidad** presenta un patrón distinto. A diferencia del cuidado, esta dimensión adquiere mayor relevancia durante la vejez. La participación alcanza sus niveles más altos entre los 60 y 69 años, cuando cerca del 20% de las personas declara realizar este tipo de actividades. Asimismo, son las personas de 60 a 69 años quienes registran la mayor dedicación diaria, superando las tres horas en promedio, nivel que se mantiene relativamente estable hasta los 79 años. Estos resultados muestran que el envejecimiento no necesariamente implica un proceso de desvinculación social. Por el contrario, una proporción importante de personas mayores continúa contribuyendo al bienestar colectivo mediante el apoyo a familiares que residen en otros hogares, el trabajo comunitario y distintas formas de voluntariado.

Estas trayectorias, en su conjunto, permiten explicar por qué el tiempo total destinado al trabajo no remunerado permanece relativamente estable durante la vejez. La disminución de las responsabilidades asociadas a determinadas etapas del curso de vida, como la crianza cotidiana de hijos e hijas, es compensada por la persistencia del trabajo doméstico y por la aparición o intensificación de nuevas formas de cuidado y participación comunitaria. En otras palabras, el trabajo no remunerado no desaparece; cambia su composición. La vejez suele traer consigo nuevos roles, como el cuidado de nietos, de la pareja o de otros familiares, así como una mayor participación en organizaciones sociales y actividades de voluntariado favorecida por la salida del mercado laboral, que reconfiguran la forma en que las personas continúan sosteniendo el bienestar de sus familias y comunidades (Di Gessa & Emily Grundy, 2017; Grünwald et al., 2021). Así, lejos de transitar exclusivamente desde un rol de proveedores hacia uno de receptores de apoyo, las personas mayores continúan desempeñando un papel activo en el sostenimiento cotidiano de los hogares y de las redes familiares y comunitarias.

La contribución de las personas mayores en cifras:



- Una persona entre **60 y 69 años** realiza, en promedio, **1.514 horas de trabajo no remunerado al año**, equivalente a más de **63 días completos de trabajo continuo**.
- El trabajo doméstico representa cerca del **80% de ese tiempo**, con **1.183 horas anuales por persona**, manteniéndose prácticamente sin cambios entre los **45 y los 79 años**.
- Las personas de **60 a 69 años** destinan más tiempo a ayudar a otros hogares que cualquier otro grupo etario: **205 horas al año por persona**, superando incluso a adultos de mediana edad.

Recuadro 2: Un aporte económico y social ampliamente invisibilizado

La persistencia del trabajo no remunerado durante la vejez adquiere una dimensión aún más evidente cuando se considera su aporte económico. Los resultados del proyecto NODO de Naciones Unidas (2022) estiman que las personas de 60 años y más generan alrededor de una quinta parte del valor económico total del trabajo no remunerado en Chile, equivalente a más de \$11 billones de pesos anuales. Si bien parte de esta contribución responde al tamaño de este grupo poblacional, las estimaciones per cápita muestran que las personas mayores continúan realizando un volumen de trabajo comparable al de otros grupos etarios.

Este aporte se concentra principalmente en el trabajo doméstico, que representa más del 80% del valor económico generado por las personas mayores. En segundo lugar, se ubican las actividades de apoyo a otros hogares, trabajo comunitario y voluntariado (11%), mientras que el trabajo de cuidados representa el 6,6% restante. Al mismo tiempo, las personas mayores realizan cerca de dos tercios del tiempo destinado al cuidado de personas de 66 años y más, evidenciando que el envejecimiento no sólo incrementa la demanda de cuidados, sino que también moviliza una parte importante de la oferta de cuidados dentro del propio grupo etario.

A ello se suma una marcada desigualdad de género. Las mujeres mayores realizan cerca del 70% del trabajo no remunerado efectuado por este grupo y generan la mayor parte de su valor económico, confirmando que las brechas

observadas en la vejez no emergen en esta etapa, sino que corresponden a desigualdades acumuladas a lo largo de todo el curso de vida.

Fuente: Estudio “Personas Mayores y Trabajo No Remunerado en Chile: Perspectiva y Valorización Económica”, Proyecto Nodo (2022).

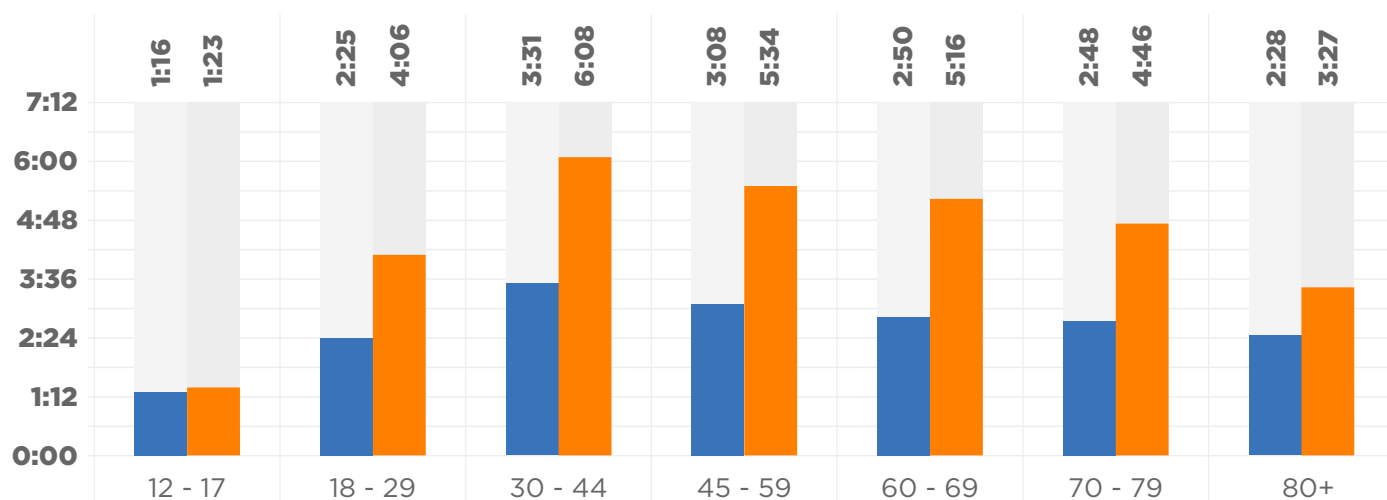
2. Trayectorias de género en las distintas dimensiones del trabajo no remunerado

En términos generales, los resultados de la ENUT muestran que el envejecimiento no implica una disminución lineal del trabajo no remunerado, sino una reorganización de las responsabilidades que sostienen la vida cotidiana. Sin embargo, esta reorganización no ocurre sobre una base neutra. Mujeres y hombres llegan a la vejez con trayectorias diferenciadas de participación tanto en el mercado laboral como en el ámbito doméstico y familiar. Estas trayectorias se han configurado a lo largo del curso de vida en un contexto marcado por la división sexual del trabajo y por normas de género que, históricamente, han asignado responsabilidades diferenciadas a hombres y mujeres dentro de los hogares y las familias.

Desde esta perspectiva, las desigualdades observadas durante la vejez no pueden comprenderse únicamente a partir de las condiciones propias de esta etapa del curso de vida. El envejecimiento, por tanto, no genera nuevas desigualdades; hace especialmente visibles aquellas construidas y reproducidas a lo largo de la vida.

El Gráfico 4 presenta el tiempo promedio diario destinado al trabajo no remunerado por hombres y mujeres a lo largo del curso de vida. Con excepción del grupo entre 12 y 17 años, todos los tramos etarios presentan diferencias significativas entre ambos sexos. Las mayores brechas se observan durante la etapa de mayor intensidad de la crianza y consolidación de las trayectorias laborales. Entre los 30 y 44 años, las mujeres destinan en promedio 6 horas y 8 minutos diarios al trabajo no remunerado, mientras que los hombres dedican 3 horas y 31 minutos, lo que representa una diferencia de 157 minutos diarios, casi 3 horas. Este patrón coincide con la evidencia internacional, que identifica la maternidad y la organización social del cuidado como uno de los principales puntos de inflexión en la ampliación de las desigualdades de género en el uso del tiempo (Goldscheider et al., 2015; Ophir, 2021).

Gráfico 4:
Dedicación horaria en trabajo no remunerado, según género y tramo etario.



Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2023.

Nota: Los valores corresponden al tiempo promedio diario destinado a cada actividad entre las personas que la realizaron en un día tipo (promedio entre participantes), por lo que no representan el promedio de la población total.

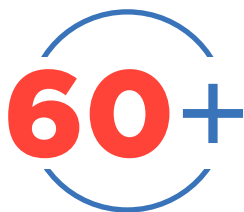
● Hombre ● Mujer

Sin embargo, el principal hallazgo de la evidencia no radica en constatar que las brechas alcanzan su máxima expresión durante la crianza, resultado ampliamente documentado por la literatura, sino en observar que estas persisten una vez finalizada esa etapa. Entre las personas de 60 a 69 años, las mujeres continúan destinando 5 horas y 16 minutos diarios al trabajo no remunerado, frente a 2 horas y 50 minutos de los hombres. La diferencia alcanza 146 minutos diarios y permanece prácticamente inalterada entre quienes tienen entre 70 y 79 años. Recién a partir de los 80 años la brecha comienza a reducirse con mayor intensidad, aunque las mujeres siguen destinando cerca de una hora adicional diaria al trabajo no remunerado respecto de los hombres.

Estos resultados muestran que el término de determinadas responsabilidades familiares o económicas, como la crianza cotidiana de hijos e hijas o la salida del mercado laboral, no conduce automáticamente a una redistribución más equitativa del trabajo no remunerado. Por el contrario, las diferencias de género persisten durante la vejez, lo que sugiere que, aunque cambian las actividades concretas que realizan mujeres y hombres, la distribución desigual de las responsabilidades continúa reproduciéndose. Estas diferencias son aún más notorias en aquellos países donde la familia cumple un rol central en la provisión de cuidados y otros servicios, lugares donde se encuentran roles de género más fuertemente marcados, lo que deriva en que sean las mujeres las principales responsables de los trabajos no remunerados (Strauss & Trommer, 2017).

Desigualdades de género que persisten en la vejez

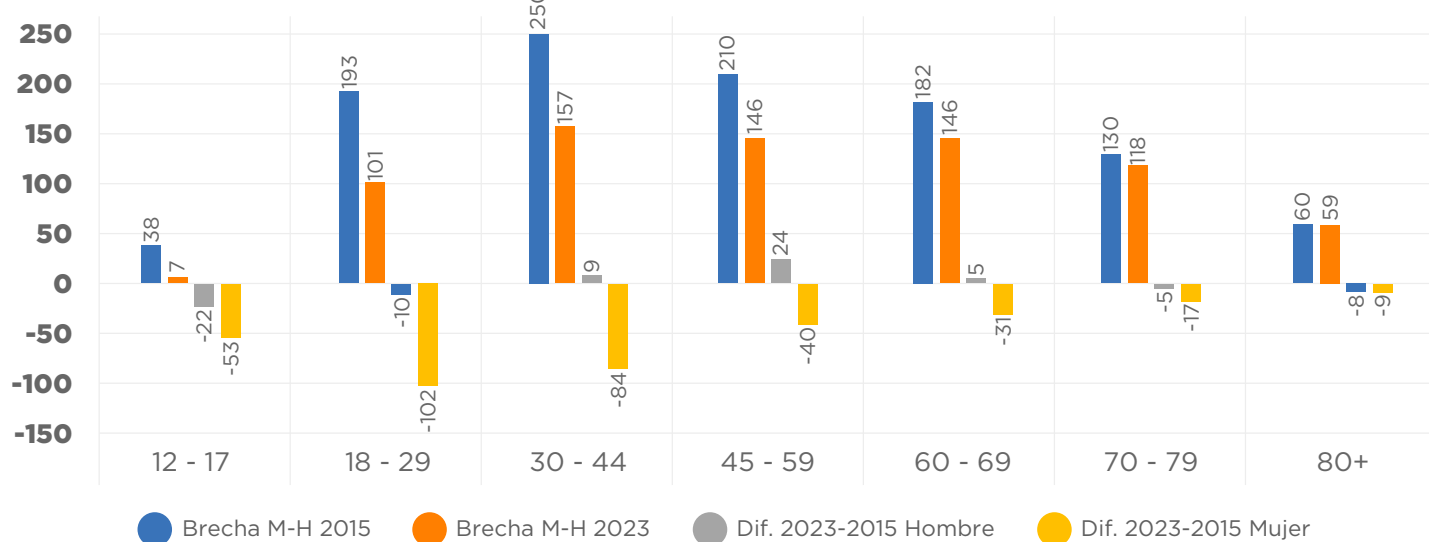
Las cifras corresponden a horas anuales promedio por persona.



- Entre los **60 y 69 años**, los hombres realizan, en promedio, **995 horas** y las mujeres **1.927 horas de trabajo no remunerado al año**. Esto significa que las mujeres destinan 932 horas adicionales, equivalentes a 39 días completos más de trabajo al año.
- En trabajo doméstico no remunerado, **los hombres dedican 825 horas anuales y las mujeres 1.468 horas**. La diferencia alcanza **643 horas adicionales por año**, una brecha que persiste incluso en edades avanzadas.
- En actividades de apoyo a otros hogares, **los hombres destinan 71 horas anuales y las mujeres 312 horas**. En promedio, las mujeres dedican más de cuatro veces el tiempo que los hombres a este tipo de trabajo.

La comparación entre 2015 y 2023 incorpora un segundo elemento al análisis. Como muestra el Gráfico 5, las brechas de género en la dedicación horaria a trabajo no remunerado disminuyeron en prácticamente todos los grupos etarios durante la última década. Sin embargo, esta convergencia responde principalmente a una reducción del tiempo destinado por las mujeres al trabajo no remunerado y no a un aumento sustantivo de la participación masculina.

Gráfico 5: Comparativa 2015-2023 en dedicación horaria en trabajo no remunerado, según tramo etario. (En minutos)



Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2015 Y 2023.

Mientras los hombres presentan variaciones relativamente pequeñas entre ambos años (columna gris), e incluso leves incrementos en algunos grupos etarios, las mujeres reducen significativamente el tiempo destinado al trabajo no remunerado, especialmente entre los 18 y los 44 años, donde las disminuciones superan una hora diaria (columna amarilla). En las cohortes de mayor edad, en cambio, los cambios son considerablemente más modestos. Entre las personas de 60 años y más, la reducción fluctúa entre 9 y 31 minutos diarios, mientras que la dedicación masculina permanece prácticamente estable.

En consecuencia, la disminución de las brechas observada durante la última década no refleja necesariamente una redistribución más equitativa de las tareas domésticas y de cuidado. Más bien, responde principalmente a una reducción del tiempo destinado por las mujeres al trabajo no remunerado. Las cohortes que actualmente transitan la vejez mantienen niveles de dedicación muy similares a los registrados en 2015, reproduciendo patrones de organización del trabajo no remunerado que fueron construidos en contextos sociales caracterizados por una división sexual del trabajo más marcada.

Desde una perspectiva de curso de vida, estos resultados muestran que las desigualdades observadas durante la vejez no responden únicamente a las condiciones presentes, sino también a la acumulación de responsabilidades asumidas durante etapas anteriores de la vida. Precisamente por ello, en las siguientes secciones se analiza cómo estas trayectorias de género se expresan en las distintas dimensiones del trabajo no remunerado. Aunque el trabajo doméstico, las actividades de cuidado y el trabajo para otros hogares y la comunidad presentan trayectorias específicas a lo largo del curso de vida, todas reproducen un patrón común: las desigualdades de género persisten incluso cuando cambian las responsabilidades concretas mediante las cuales se sostiene la vida cotidiana.

2.1. La persistencia de la división sexual del trabajo doméstico

Entre las distintas dimensiones del trabajo no remunerado, el trabajo doméstico es aquella donde las desigualdades de género presentan mayor continuidad durante la vejez. La Tabla 2 muestra que la mayor parte de las personas mayores continúa realizando tareas domésticas de manera cotidiana. Preparar y servir alimentos constituye la actividad más frecuente, seguida por la limpieza de la vivienda, el cuidado de mascotas y plantas y la limpieza y reparación de ropa. En todas ellas participa más de la mitad de la población de 60 años y más, confirmando que el envejecimiento no implica un abandono de las responsabilidades asociadas al sostenimiento material del hogar.

Tabla 2: Participación y tiempo promedio en tareas domésticas, personas de 60 años y más, total y según género.

Actividad	Indicador	Total 60+	Hombres	Mujeres	Dif. (M-H)
Preparación y servicio de comida	Participación (%)	86,0	75,2	94,3	+19,1 pp
	Tiempo promedio	1:19	0:50	1:38	+0:48
Limpieza de la vivienda	Participación (%)	81,8	72,8	88,7	+15,9 pp
	Tiempo promedio	0:49	0:30	1:02	+0:32
Cuidado de mascotas y plantas	Participación (%)	70,0	61,7	76,4	+14,6 pp
	Tiempo promedio	0:39	0:38	0:40	+0:02
Limpieza y reparación de ropa	Participación (%)	53,9	34,5	68,9	+34,4 pp
	Tiempo promedio	0:29	0:18	0:33	+0:15
Compras para el hogar	Participación (%)	44,4	46,2	43,1	-3,1 pp
	Tiempo promedio	0:44	0:43	0:45	+0:02
Administración del hogar	Participación (%)	28,5	30,1	27,4	-2,7 pp
	Tiempo promedio	0:29	0:29	0:30	+0:01
Mantenión y reparaciones menores del hogar	Participación (%)	13,4	26,0	3,7	-22,3 pp
	Tiempo promedio	0:55	0:58	0:40	-0:18

Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2023.

Nota: Horas promedio corresponden a dedicación en un día tipo.

No obstante, esta continuidad no se distribuye de manera equivalente entre hombres y mujeres. Las mayores brechas se concentran precisamente en las actividades rutinarias e indispensables para el funcionamiento cotidiano del hogar. Mientras el 94,3% de las mujeres mayores participa en la preparación y servicio de alimentos, esta proporción alcanza el 75,2% entre los hombres. Una diferencia similar se observa en la limpieza de la vivienda (88,7% versus 72,8%) y, especialmente, en la limpieza y reparación de ropa, donde la participación femenina prácticamente duplica a la masculina (68,9% versus 34,5%).

Las diferencias también se expresan en la intensidad de estas actividades. Entre quienes participan en ellas, las mujeres destinan, en promedio, 48 minutos más a la preparación de alimentos y 32 minutos adicionales a la limpieza de la vivienda. En la limpieza y reparación de ropa, además de participar con mucha mayor frecuencia, dedican 15 más que los hombres. En general, las mujeres no solo realizan con mayor frecuencia las tareas domésticas, sino que además concentran aquellas actividades que demandan una dedicación cotidiana y sostenida.

Sin embargo, este patrón no se reproduce en todas las tareas del hogar. Las compras y la administración doméstica presentan niveles de participación relativamente similares entre hombres y mujeres, mientras que las mantenciones y reparaciones menores constituyen la principal excepción a la tendencia general. Cerca de uno de cada cuatro hombres mayores participa en este tipo de actividades, frente a menos del 4% de las mujeres. Asimismo, quienes las realizan destinan un mayor tiempo promedio cuando se trata de hombres. Más que desaparecer durante la vejez, la división del trabajo doméstico se reorganiza en torno a responsabilidades distintas: las mujeres concentran las labores rutinarias e indispensables para el funcionamiento cotidiano del hogar, mientras que los hombres participan con mayor frecuencia en tareas ocasionales o de carácter especializado.

Este patrón coincide con la evidencia internacional, que muestra que las normas de género continúan asignando a las mujeres la responsabilidad principal sobre el mantenimiento cotidiano de los hogares, mientras que los hombres tienden a concentrarse en actividades esporádicas asociadas a la mantención o reparación de la vivienda (Adjei & Brand, 2018). De hecho, según Geist & Tabler (2017), una mayor equidad de género en la distribución de las tareas domésticas entre parejas de personas mayores aparece cuando la mujer enfrenta problemas de salud que le impiden o limitan realizar las labores domésticas, lo que implica que los hombres deben asumir una mayor carga de trabajo doméstico.

Así, las diferencias observadas en la distribución del trabajo doméstico durante la vejez no responden únicamente a decisiones individuales tomadas en esta etapa del curso de vida. Por el contrario, constituyen la expresión acumulada de trayectorias construidas durante décadas, en las que la división sexual del trabajo fue definiendo de manera diferenciada las responsabilidades de hombres y mujeres dentro del hogar. En este sentido, las entrevistas cualitativas realizadas para este estudio permiten comprender que las brechas

observadas en la ENUT no se originan en la vejez, sino que son el resultado de procesos de socialización, experiencias familiares y transformaciones generacionales que comienzan mucho antes y acompañan a las personas a lo largo de toda su trayectoria vital.

Esta interpretación es consistente con lo planteado por Cristina Vio, directora ejecutiva de Comunidad Mujer, quien señala que los estereotipos de género continúan organizando la vida cotidiana, incluso cuando las normas sociales han experimentado importantes transformaciones:

"Creo que en general todavía persisten estereotipos de género en todos los espacios, tanto en los cuidados como en participación, en liderazgo, en todo todavía persisten. (...) si bien uno puede ver ciertos patrones en generaciones más jóvenes que pueden redistribuir, la verdad es que yo sinceramente no soy tan optimista aún; creo que todavía se replican mucho este tipo de patrones. La pandemia nos mostró harto de eso".

Los relatos de las mujeres mayores entrevistadas respaldan esta tesis, explicitando que estos patrones comenzaron a configurarse desde edades muy tempranas. La mayoría recuerda hogares donde el trabajo doméstico se encontraba claramente diferenciado entre hombres y mujeres, en los que las madres concentraban las labores cotidianas de cuidado del hogar mientras los hombres asumían principalmente el rol de proveedores. Nubia (66 años), por ejemplo, recuerda:

"Mi mamá era el pilar fuerte, porque mi papá tenía que dormir siesta, tenía que dormir temprano y era mi mamá, y yo como la más grande, que nos sacábamos la cresta trabajando. Había que cocer perniles, había que hacer arrollados, había que hacer un montón de cosas [en la casa]".

Del mismo modo, Bernardita (65 años) relata que esta división no solo organizaba las responsabilidades dentro del hogar, sino también las expectativas que se transmitían a hijos e hijas:

"Yo diría que mi mamá y mi papá eran como medio machistas los dos, porque por ejemplo mi mamá le trataba de enseñar a mi hermano y mi papá decía que no, que los hombres no tenían que meterse a la cocina".

Estos relatos muestran que la división del trabajo doméstico no era únicamente una forma de organizar las tareas cotidianas, sino también un proceso de aprendizaje que definía tempranamente qué actividades correspondía a mujeres y cuáles a hombres. La vejez, por tanto, no constituye el origen de estas desigualdades, sino el momento en que se observan con mayor claridad los efectos acumulados de trayectorias construidas durante toda la vida.

Sin embargo, las entrevistas muestran que estas trayectorias no permanecieron estáticas. La incorporación masiva de las mujeres al trabajo remunerado modificó, en su experiencia, la organización de la vida familiar, aunque no necesariamente implicó una redistribución equivalente del trabajo doméstico, sino más bien, una mayor sobrecarga. Alicia resume este cambio comparando su experiencia con la de su madre: ***"Yo creo que ahí la mayor diferencia es que mi mamá estaba en la casa y, en mi caso, yo estaba trabajando afuera de la casa, aparte de [tener que hacer] toda la labor familiar con los hijos, todo"***.

En este contexto, algunas entrevistadas describen haber intentado modificar deliberadamente los patrones con los que fueron criadas. Bernardita relata que la corresponsabilidad formó parte explícita de la educación que entregó a sus hijos: ***"Yo tengo una hija y un hijo, pero el trato era igualitario, y todavía, para los dos. Entonces no es como que esta actividad la hacen las mujeres o esto es cosa de hombres"***.

Esta decisión también se tradujo en la organización cotidiana del hogar: ***"Cada uno tenía su pieza y su baño, entonces ellos se tenían que encargar de hacer el aseo, de hacer la cama, de limpiar sus baños. Yo me dedicaba a mi pieza, a mi baño y a la parte de cocina. Después cuando mi hijo era más grande ya él también empezó a cocinar, entonces ahí ya fue como un alivio porque a mí no me gusta cocinar"***.

Las participantes reconocen que estos cambios comenzaron a hacerse más visibles en las generaciones posteriores, las que enfrentan la organización familiar bajo condiciones sociales, económicas y culturales distintas a aquellas en las que ellas construyeron sus propias trayectorias. Mónica observa una mayor participación masculina en las tareas domésticas y de cuidado: ***"Recién la generación de nuestros hijos, los que ya tienen 40 años, los hijos entre el 80' al 90' es una generación de bastante compromiso. Vemos, cierto, esta generación va al CESFAM, se preocupa del cuidado del baño, de los niños, de ayudar en la casa, de cocinar, tienen otro sistema"***.

Aunque las participantes identifican cambios importantes en las generaciones más jóvenes, estas transformaciones conviven con normas y expectativas de género que continúan asignando a las mujeres la responsabilidad principal sobre el sostenimiento cotidiano del hogar. Esta persistencia permite comprender por qué, incluso después del retiro laboral y una vez finalizada la crianza, las mujeres mayores siguen concentrando las actividades domésticas más frecuentes y de mayor intensidad, tal como muestran los resultados de la ENUT.

2.2 La reconfiguración de las trayectorias de cuidado durante la vejez

A diferencia del trabajo doméstico, las actividades de cuidado presentan una dinámica estrechamente vinculada a las distintas transiciones del curso de vida.

Entre las personas de 60 años y más (Tabla 3), las actividades de cuidado continúan formando parte de la vida cotidiana de un grupo importante de la población. Las "otras actividades de cuidado" (ver Recuadro 1 para detalles de las actividades que lo componen), que consideran labores de apoyo, gestión y cuidados generales a integrantes del hogar que no son de apoyo directo ni corresponden a ayuda escolar, constituyen la categoría con mayor participación (12,3%), seguidas por los cuidados esenciales dirigidos a integrantes del hogar (8,6%) y el cuidado de personas de 66 años o más (7,8%). También persisten el cuidado de niños, niñas y adolescentes (6,1%), el cuidado de personas en situación de dependencia funcional (6,1%) y el apoyo a personas entre 15 y 65 años (5,7%). Aunque estas proporciones son inferiores a las observadas durante las etapas de crianza, muestran que el cuidado continúa siendo una responsabilidad cotidiana para una fracción de las personas mayores.

Tabla 3: Participación y tiempo promedio en tareas de cuidados, personas de 60 años y más, total y según género.

Actividad	Indicador	Total 60+	Hombres	Mujeres	Dif. (M-H)
Otras actividades de cuidado	Participación (%)	12,3	11,9	12,7	+0,8 pp
	Tiempo promedio	0:34	0:48	0:25	-0:23
Cuidados esenciales a integrantes del hogar	Participación (%)	8,6	5,8	10,8	+5,0 pp
	Tiempo promedio	1:18	1:14	1:20	+0:06
Cuidados relativos a la enseñanza	Participación (%)	3,4	3,4	3,4	0,0 pp
	Tiempo promedio	0:39	0:35	0:42	+0:07
Cuidado de personas de 66 años o más	Participación (%)	7,8	6,3	9,0	+2,7 pp
	Tiempo promedio	1:03	1:05	1:02	-0:03
Cuidado de niños, niñas y adolescentes	Participación (%)	6,1	4,3	7,4	+3,1 pp
	Tiempo promedio	1:07	0:54	1:13	+0:19
Cuidado para personas en situación de dependencia funcional	Participación (%)	6,1	4,7	7,2	+2,5 pp
	Tiempo promedio	1:24	1:21	1:26	+0:05
Cuidado de personas de 15 a 65 años	Participación (%)	5,7	7,7	4,2	-3,5 pp
	Tiempo promedio	0:58	1:02	0:53	-0:09
	Tiempo promedio	0:39	0:35	0:42	+0:07

Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2023.

Nota: Horas promedio corresponden a dedicación en un día tipo.

Los resultados muestran, además, una diferencia importante respecto del trabajo doméstico. Mientras en éste las desigualdades de género se expresan tanto en la frecuencia como en la intensidad de las actividades realizadas, en el cuidado la principal brecha se encuentra en la probabilidad de asumir el rol de cuidador². En prácticamente todas las actividades analizadas las mujeres participan con mayor frecuencia que los hombres; sin embargo, una vez asumida esa responsabilidad, el tiempo destinado al cuidado resulta relativamente similar entre ambos sexos. En consecuencia, la principal desigualdad no radica en cuánto tiempo se cuida, sino en quién llega con mayor frecuencia a asumir la responsabilidad de cuidar.

Estos resultados son consistentes con la literatura internacional, que ha documentado que, aunque hombres y mujeres participan en actividades de cuidado a lo largo del curso de vida, son las mujeres quienes asumen con mayor frecuencia los cuidados más intensivos y prolongados (Ophir, 2021; Ophir & Polos, 2021). En este sentido, María Beatriz Fernández, académica UC y especialista en cuidados y vejez, señala que la vejez no modifica sustantivamente patrones de distribución de quién cuida:

"Lo que pasa en el cuidado no remunerado durante la vejez, en realidad es bastante similar a lo que pasa con el cuidado general (...) la mayoría del cuidado, por no decir casi en su totalidad, es cubierto por las mujeres, tanto en el espacio domiciliario (...) como también en los cuidados más institucionales y formales".

Esta distribución desigual adquiere características especialmente críticas entre las mujeres de menores ingresos, quienes, en el contexto latinoamericano, se ven enfrentadas a mayores demandas de cuidado, por la imposibilidad de costear servicios privados y por la baja capacidad de la oferta de servicios públicos (Esquivel, 2012). Las limitadas posibilidades de acceder a servicios privados de cuidado hacen que las redes familiares continúen absorbiendo gran parte de estas responsabilidades, reproduciendo trayectorias de cuidado que muchas veces comenzaron décadas antes. En estos contextos, el cuidado de nietos constituye una expresión especialmente visible de esta continuidad, donde las abuelas vuelven a ocupar un lugar central dentro de la organización familiar: ***"En sectores más vulnerables (...) las abuelas cumplen este rol más tradicional de cuidar a los nietos (...) reproduciendo el cuidado permanente que ellas han dado en la familia (...) y eso igual tiene consecuencias porque con la edad hay menos energía, hay más desgaste, de repente quisieran hacer otras cosas"***.

Desde esta perspectiva, la sobrecarga de cuidados durante la vejez no constituye un fenómeno aislado, sino la expresión acumulada de desigualdades construidas durante décadas. Más que desaparecer una vez finalizada la crianza de hijos e hijas, las responsabilidades de cuidado se reconfiguran conforme avanza el curso de vida,

² Dicho esto, la ENUT no permite diferenciar entre personas cuidadoras principales o secundarias.

trasladándose hacia otros integrantes de la familia y generando nuevas interrupciones laborales, económicas y personales para quienes las asumen. Tal como resume Cristina Vio, directora ejecutiva de Comunidad Mujer, las mujeres no "jubilan" del trabajo de cuidados, sino que enfrentan distintos momentos de alta demanda a lo largo de toda su trayectoria vital.

"Las mujeres no jubilan de ese trabajo. Es abrumadora la sobrecarga que tienen (...) [realizan] dos tercios de todo el trabajo doméstico de cuidados no remunerado y es acumulativo a lo largo de la vida. Es decir, sin perjuicio de que existe mayor carga horaria muchas veces asociada al cuidado de niños y niñas, sobre todo en edades muy tempranas, a lo largo de la vida las mujeres se ven enfrentadas a distintos shocks de cuidados".

En general, el cuidado durante la vejez constituye una extensión del apoyo familiar, cuya responsabilidad puede transformarse en una importante fuente de vulnerabilidad. En el caso del cuidado de nietos, la evidencia desarrollada por el Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo (2024) muestra que sus efectos dependen de la intensidad y del grado de autonomía con que este se ejerza. Relaciones significativas con los nietos, contactos de frecuencia intermedia y actividades compartidas que sean significativas para la persona mayor pueden favorecer su bienestar. En cambio, cuando el cuidado se transforma en una obligación permanente, limita la participación social o restringe la autonomía de los abuelos, sus efectos tienden a ser negativos. Del mismo modo, el cuidado de personas mayores dependientes suele implicar elevadas demandas físicas y emocionales, asociándose con deterioro de la salud, aislamiento social, sobrecarga psicológica y dificultades en salud mental (Akhter-Khan et al., 2023; Haley et al., 2020; Spatuzzi et al. 2021; Petry, Lara y Boucher, 2024), como declara María Beatriz Fernández:

"Primero, los efectos más estudiados son sobre la salud (...) también hay consecuencias en salud mental (...) hay aislamiento, percepción de soledad (...) conflictos con la pareja (...) y también consecuencias económicas. Claramente no puedes trabajar, [y] estás destinando recursos para cuidar".

Estas consecuencias no derivan únicamente de la existencia del cuidado, sino también de la forma en que éste se distribuye socialmente. Tal como plantea la académica UC, la vulnerabilidad opera en un doble sentido: por una parte, persiste una expectativa cultural que asigna a las mujeres la responsabilidad principal de cuidar; por otra, el propio ejercicio intensivo del cuidado genera nuevas desventajas sociales, económicas y de salud, reforzando desigualdades preexistentes.

"La vulnerabilidad va en doble sentido, tanto en esta predisposición social a que sean las mujeres quienes cuiden, pero, por otra parte, el propio cuidado tiene consecuencias por la intensidad de horas al día y por las actividades que finalmente involucra".

A ello se suma que muchas personas desarrollan estas labores sin preparación previa ni apoyos suficientes. El cuidado suele aprenderse de manera autodidacta, en la práctica cotidiana y sin acompañamiento técnico, lo que incrementa la carga que enfrentan quienes lo ejercen y dificulta responder adecuadamente a situaciones de creciente complejidad. ***"El cuidado en general es algo que no se aprende (...) nadie te capacita (...) finalmente lo vas desarrollando de manera autodidacta (...) pero eso tiene fuertes consecuencias porque claramente no tienes las competencias ni las habilidades para cuidar de la mejor manera"***.

Las desigualdades también se expresan en las redes de apoyo que se activan frente a estas responsabilidades. De acuerdo con Fernández, la expectativa social de que las mujeres sean las principales cuidadoras hace que, cuando un hombre asume este rol, exista una mayor disposición del entorno a movilizar apoyos familiares y comunitarios. En contraste, el cuidado ejercido por mujeres suele ser entendido como una responsabilidad esperable, reduciendo las posibilidades de recibir ayuda. ***"Nuestra sociedad está tan armada desde el punto de vista de que las mujeres cuidan y los hombres no, [y], que cuando al hombre le tocaba cuidar había más posibilidades de que se articulara una red que lo protegiera"***.

No obstante, las entrevistas coinciden en advertir que reconocer las consecuencias del cuidado no implica reducir esta experiencia únicamente a una fuente de sobrecarga. Tanto María Beatriz Fernández como Cristina Vio señalan que el cuidado constituye una práctica relacional, capaz de generar vínculos de reciprocidad, afecto y propósito dentro de las familias. Sin embargo, ambas advierten que existe un riesgo permanente de romantizar el cuidado y de interpretar estas responsabilidades exclusivamente como una expresión de afecto, invisibilizando las restricciones que muchas veces imponen sobre la autonomía de quienes las ejercen.

"Siempre existe el problema, o sea, el riesgo de que se romantice, de que yo cuido por amor. Acá no es un tema de si se ama o no, es distinto, es si existe la obligación o no. Si alguien quiere cuidar ningún problema, el tema es que sea una imposición (...) Si hay una abuela que (...) cuida al nieto, está bien, pero en la medida que no sea una imposición para la abuela (...) ¿Existe el riesgo de romantizar? Sí. ¿Es romántico? Sí, también, o sea, cuando uno cuida, lo hace con amor" (Cristina Vio, directora ejecutiva Comunidad Mujer).

"Sin romantizarlo (...) el cuidado también está dentro de relaciones humanas (...) hay elementos de propósito de vida (...) pero tampoco hay que olvidar que el cuidado también es heterogéneo" (María Beatriz Fernández, académica UC).

Desde esta perspectiva, Vio plantea que el problema no radica en que las mujeres cuiden, sino en que continúan teniendo escasas posibilidades de decidir libremente si desean asumir estas responsabilidades y en qué medida hacerlo. Si bien reconoce los esfuerzos realizados para compensar algunas de las consecuencias económicas del cuidado, considera que aún falta avanzar hacia un acuerdo social que redistribuya efectivamente estas responsabilidades.

"Parte de lo que se ha ido tratando de hacer con políticas públicas es poder mejorar las pensiones para que esas mujeres que estuvieron ligadas al cuidado no tengan tan malas pensiones (...) pero todavía falta mucho de poder hacer un acuerdo social real de que sea en verdad el cuidado no va a estar sobre las mujeres y que las mujeres van a poder elegir. Porque una cosa es elegir si yo quiero cuidar, pero hoy día las mujeres no tienen esa opción. Si el problema no está en que las mujeres cuiden o no cuiden, sino en la imposición que hay estructural, social, de que eso tiene que ser así (...) (...) El poder decir 'yo no quiero cuidar' o 'no quiero cuidar tantas horas' y eso no significa que no quiera (...) no hay poco compromiso, no hay poco amor (...) sino que hay solo amor propio detrás de eso y de poder entender (...) que esto también es amor propio, también es autocuidado".

Asimismo, subraya que las posibilidades de elegir tampoco se distribuyen de manera homogénea entre las mujeres. La posición socioeconómica condiciona el acceso a apoyos formales y la posibilidad de externalizar parte del cuidado, reproduciendo nuevas desigualdades entre quienes cuentan con recursos y quienes deben asumir estas responsabilidades prácticamente sin alternativas.

"El tema es ese, es que todas tengan las mismas oportunidades, porque finalmente, en términos de cuidado, también está muy atravesado por el tema socioeconómico. O sea, las mujeres de estratos económicos más altos tienen más oportunidades de poder tercerizar el trabajo de cuidado (...) Entonces no viven ese tipo de encrucijadas (...) Cuando hay dinero es más fácil (...) pero cuando no, no hay tanta salida, si es que no hay una corresponsabilidad social de los cuidados real (...)".

Las mujeres mayores entrevistadas también identifican transformaciones y dicotomías en las expectativas respecto de los cuidados y del proyecto de vida de las mujeres. Ada atribuye estos cambios a la búsqueda de autonomía económica y a las mayores dificultades materiales para conformar una familia: ***"Siempre la mujer se postergó y hoy en día quiere primero realizarse, tener independencia, sobre todo económica y después, si es que pueden, tienen hijos (...) hoy en día a dos personas les cuesta tener una casa e hijos".***

Lo anterior sugiere que el desafío no consiste en disminuir el valor social del cuidado, sino en avanzar hacia una organización más corresponsable que permita reconocerlo, redistribuirlo y garantizar que su ejercicio responda a una decisión libre y no a una expectativa de género. Más que una diferencia en el tiempo destinado a cuidar, la principal desigualdad observada durante la vejez radica en las limitadas posibilidades que muchas mujeres continúan teniendo para decidir sobre el lugar que el cuidado ocupa en sus propias trayectorias de vida.

Frente a este desafío, la cuantificación y valorización económica del trabajo no remunerado constituye un avance para visibilizar su contribución a la sociedad: ***"Es tratar de este trabajo de valorización del trabajo doméstico de cuidados no remunerados, por una parte, es tratar de explicar con números algo que es la base de la economía, pero también es visibilizar que efectivamente no hay nada más si no hay ese trabajo y las mujeres lo han hecho a través de los siglos de forma invisible. No hay nada más, o sea, no podría haber nada más si no existiera ese trabajo basal (...)"*** (Cristina Vio, directora ejecutiva Comunidad Mujer).

2.3. Más allá del propio hogar: la expansión del trabajo no remunerado hacia la comunidad

Las transformaciones del trabajo no remunerado durante la vejez no se limitan al espacio doméstico ni al cuidado de familiares convivientes. De hecho, una parte importante de las contribuciones realizadas por las personas mayores comienza a desarrollarse fuera del propio hogar, mediante el apoyo a otros hogares, la participación en organizaciones comunitarias y el trabajo voluntario. Estas actividades amplían la comprensión tradicional del trabajo no remunerado, mostrando que el sostenimiento cotidiano de la vida también ocurre en redes familiares extendidas, organizaciones sociales y comunidades locales.

Tabla 4: Participación y tiempo promedio en apoyo a otros hogares y voluntariado, personas de 60 años y más, total y según género.

Actividad	Indicador	Total 60+	Hombres	Mujeres	Dif. (M-H)
Cuidados para otros hogares	Participación (%)	9,6	5,0	13,1	+8,1 pp
	Tiempo promedio	4:27	6:18	3:54	-2:24
Trabajo doméstico para otros hogares	Participación (%)	6,6	4,6	8,2	+3,6 pp
	Tiempo promedio	1:34	1:04	1:47	+0:43
Trabajo voluntario comunitario o social	Participación (%)	4,8	4,7	4,8	+0,1 pp
	Tiempo promedio	1:29	1:16	1:39	+0:23

Fuente: Elaboración del Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo en base a ENUT 2023.

Nota: Horas promedio corresponden a dedicación en un día tipo.

Entre las personas de 60 años y más (Tabla 4), los cuidados dirigidos a integrantes de otros hogares constituyen la actividad más frecuente dentro de esta dimensión. Cerca de una de cada diez personas mayores participa en este tipo de labores (9,6%), proporción superior a la observada para el trabajo doméstico realizado en otros hogares (6,6%) y para el trabajo voluntario comunitario o social (4,8%). No obstante, el rasgo más distintivo de estas actividades no es únicamente su frecuencia, sino la intensidad con que son desarrolladas. Quienes realizan cuidados para otros hogares destinan, en promedio, 4 horas y 27 minutos diarios, la mayor dedicación registrada entre todas las formas de trabajo no remunerado analizadas en este estudio. Este resultado permite distinguir estas labores de apoyos ocasionales, sugiriendo que muchas personas mayores asumen responsabilidades permanentes vinculadas al cuidado de familiares dependientes, nietos u otras personas pertenecientes a sus redes familiares.

Las diferencias de género observadas en el trabajo doméstico y de cuidados se extienden también hacia otras formas de trabajo no remunerado desarrolladas fuera del propio hogar. Las mujeres participan con mayor frecuencia tanto en los cuidados dirigidos a otros hogares (13,1% frente a 5,0% de los hombres) como en el trabajo doméstico realizado para otros hogares (8,2% versus 4,6%).

Sin embargo, la intensidad de estas actividades presenta una configuración distinta. Los hombres que participan en cuidados dirigidos a otros hogares destinan, en promedio, seis horas y dieciocho minutos diarios, mientras que las mujeres dedican tres horas y cincuenta y cuatro minutos. Este patrón sugiere que, aunque ellas asumen estas responsabilidades con mucha mayor frecuencia, los hombres que llegan a desempeñarlas suelen hacerlo en situaciones particularmente intensivas. Al igual que en las actividades de cuidado desarrolladas dentro del hogar, la principal desigualdad vuelve a expresarse en quién asume la responsabilidad de cuidar más que en la cantidad de tiempo destinada por quienes efectivamente realizan estas labores.

Junto con estas formas de apoyo familiar, la participación en organizaciones sociales, territoriales y comunitarias constituye otra expresión relevante del trabajo no remunerado durante la vejez. A diferencia de lo observado en el trabajo doméstico y de cuidados, el voluntariado presenta niveles de participación relativamente similares entre hombres y mujeres, aunque las mujeres destinan un tiempo promedio ligeramente superior.

La literatura reciente ha planteado que estas actividades suelen quedar invisibilizadas por las concepciones tradicionales de productividad. Desde esta perspectiva, el voluntariado, la participación cívica, el apoyo vecinal y otras formas de trabajo comunitario constituyen aportes fundamentales para el funcionamiento cotidiano de las comunidades, aunque rara vez son reconocidos como trabajo propiamente tal (Stewart et al., 2022). Este enfoque resulta particularmente pertinente para comprender la experiencia de las personas mayores, cuyas contribuciones suelen desplazarse desde el mercado laboral hacia formas de trabajo no remunerado que sostienen la vida colectiva y fortalecen las redes sociales de los territorios.

De hecho, y pese a que la participación en voluntariados puede resultar incipiente en las cifras, en un contexto de envejecimiento poblacional acelerado como el de Chile este tipo de participación se puede volver algo fundamental debido a los efectos positivos que poseen estas actividades para las personas mayores. La literatura señala que aquellas personas mayores que participan en actividades de voluntariado presentan menores niveles de soledad, mayor satisfacción con la vida, mejor autoevaluación de salud (Akhter-Khan et al., 2023; Gil-Lacruz et al., 2019). Además, el formar parte de organizaciones es una buena forma de fortalecer vínculos sociales que se pueden debilitar una vez se deja de trabajar (Grünwald et al. 2021).

El que las personas mayores decidan trabajar de forma no remunerada en organizaciones de diverso tipo depende estrechamente de su disponibilidad de tiempo. Sobre este punto, diversos autores han evidenciado que la participación en voluntariados durante la vejez es algo que aumenta una vez las personas se retiran del mercado laboral, de modo tal que el voluntariado aparece como un reemplazo del trabajo remunerado (Di Gessa & Grundy, 2017; Grünwald et al., 2021; Mao & Normand, 2021; Vangen et al., 2021). Ahora, el trabajo voluntario también está ligado a las historias de vida de las personas. Alguien que ha participado previamente en voluntariados probablemente mantendrá esta práctica durante su vejez, tanto así que la participación previa es un factor más determinante que el retiro laboral (Di Gessa & Grundy, 2017; Vangen et al., 2021).

Ejemplos que calzan con la hipótesis de continuidad son las experiencias de Marité y Myriam. Ambas poseen largas trayectorias relacionadas al trabajo voluntario, lo cual mantienen hasta el día de hoy. Marité se inició muy tempranamente en las organizaciones vecinales: ***"Yo entré como socia a los 18 años más o menos [a los comités de vecinos y trabajos similares] y de ahí nunca más me he salido"***. Myriam, por su parte, posee una trayectoria de más de 30 años como voluntaria del Hogar de Cristo y no piensa dejar de participar, señalando que ***"Mis ganas no han ido disminuyendo, todo lo contrario"***.

El caso de los hombres entrevistados es diferente. Sus experiencias calzan mucho más con la hipótesis del reemplazo o sustitución del trabajo remunerado por el voluntariado, ya que tanto Ruvedel como Luis señalan que su participación en sus respectivas organizaciones aumentó una vez se jubilaron y dispusieron de más tiempo. Por ejemplo, Ruvedel indica que ***"Cuando era más joven estaba dedicado a la familia. Ya tengo hijos grandes, tengo nietos y ya no jugué a la pelota más, y me motiva participar con los adultos mayores porque pienso que trabajando en la comunidad se van un poco las tristezas de la soledad y la gente que toma al vecino ya más como amigo, como un familiar"***.

La experiencia de Luis es similar, destacando que antes el trabajo ocupaba la mayor parte de su tiempo lo que le impedía participar de otras actividades. En sus palabras: ***"Era medio trabajólico, entonces mi vida era la casa, la pega, de la pega a la casa y si había que trabajar hasta tarde o había que ir por la pega a cursos no rechazaba ninguno. Si no era la casa era la empresa"***.

Más allá de las diferencias entre ambas trayectorias, las entrevistas muestran que el trabajo comunitario adquiere un significado que trasciende la recreación o el uso del tiempo libre. Las motivaciones descritas por las personas entrevistadas se relacionan sistemáticamente con el deseo de contribuir al bienestar de otras personas, fortalecer la vida comunitaria y responder a necesidades que perciben en sus propios territorios. En este sentido, el trabajo comunitario desarrollado por las personas mayores se aproxima a lo que Stewart et al. (2022) denominan **trabajo invisible de barrio**, es decir, actividades indispensables para el funcionamiento cotidiano de las comunidades que permanecen escasamente reconocidas tanto por las políticas públicas como por las nociones tradicionales de productividad.

Marité recuerda que su participación comenzó precisamente al identificar situaciones de aislamiento entre personas mayores de su comunidad: ***"Vi que había mucha gente mayor sola, que no se motivaban para ir a ninguna parte y en esa parte trabajamos con un grupo de amigos, jóvenes en esos años, motivándolos para que participaran dentro de la parroquia, de la capilla o de la junta de vecinos"***.

Ruvedel expresa una motivación similar al describir su trabajo en el comité sanitario: ***"Me motivó solamente el sentir que el adulto mayor necesita ayuda, porque ya viene la soledad, adultos mayores que están de más edad que nosotros, que le lleguen sus remedios, que los vayan a visitar las enfermeras, que les den sus remedios"***.

Este propósito claro sigue las experiencias de las personas mayores entrevistadas, Myriam enfatiza que el principal valor del voluntariado no radica en una retribución económica, sino en el sentido que adquiere la posibilidad de contribuir al bienestar de otras personas:

"Cuando uno entra a hacer un voluntariado uno no va con las ganas de ganar algo, ahí sale ganando uno en cuanto a conocer otras personas, a llenarse de amor. La retribución de uno es el cariño de las personas, porque si a mí me pagaran yo creo que ya a lo mejor no hubiera ido más o no lo haría con tantas ganas; yo voy porque a mí me nace, porque lo que yo tengo que entregar es cariño, solamente cariño, pero yo recibo más de lo que doy".

Los entrevistados también concuerdan en que el tener un impacto en su comunidad y ayudar a las personas que confía en ellos es algo que les genera una gran satisfacción, superando todos los pormenores que pueden ocurrir durante su trabajo. Por ejemplo, Luis indica que ser presidente del club en el cual participa le consume bastante tiempo en trámites para poder llevar a cabo las actividades planificadas, pero que esto es algo que no logra opacar la satisfacción que obtiene cuando las cosas resultan. En sus palabras: ***"Uno reclama en el minuto [que el trabajo como presidente del club le quita tiempo], pero ya cuando entregó los papeles ya se acabaron los problemas, los reclamos, se acabó todo y luego si después viene un buen resultado, más se olvidaron los reclamos"***.

Marité posee una experiencia similar, donde la satisfacción por lograr cosas para su comunidad supera los sacrificios que implica el trabajo no remunerado:

"Es la parte afectiva, la parte espiritual la que me llena. Ver que estoy haciendo un trabajo que a veces es sacrificado para mí también, porque tengo que dejar mi gente, de repente no puedo celebrar con ellos los cumpleaños porque nosotros estamos en otra actividad y no puedo dejar a la gente tampoco sola. Pero es la parte espiritual, cuando hago algo por el club y veo la risa de esa gente que está sola y se motiva y lo pasa bien (...) Eso me llena, el reconocimiento de mis pares, porque económicamente nada, muchas veces uno tiene que poner plata de su bolsillo para poder sacar adelante los proyectos"

Pese a que los entrevistados no reciben una retribución económica por su trabajo, si reconocen que el participar en sus respectivas organizaciones les ha traído otros beneficios no económicos. Principalmente señalan que su labor les ha permitido conocer personas o aprender cosas nuevas. Para Luis, por ejemplo, participar en el club de adulto mayor le ha permitido conocer nuevas personas. En sus palabras: ***"He conocido a mucha gente, más en la municipalidad porque donde uno hace más los trámites para gestionar los proyectos, conseguir algunos beneficios para los socios, ahí he conocido a más gente"***.

En el caso de Ruvedel, señala que ser parte del comité sanitario le permitió acceder a cursos de capacitación: ***"En la católica nos hicieron unos talleres las profesoras de ahí de la católica, fuimos un montón de dirigentes (...) conversando sobre estrategias y sobre la vejez y cómo nos trata la vida y cómo queremos que seamos tratados. Aprendimos kinesiología, a hacer el RCP que es importante. Estuvimos yendo como 6 meses a esos cursos, orientados siempre al bienestar de los adultos mayores"***.

Esto da cuenta de que si bien el trabajo voluntario no tiene un beneficio monetario sobre las personas que lo realizan, si es una forma de acceder a otros recursos ligados al capital social o cultural de quienes participan, lo que a la larga se puede traducir en beneficios para la misma persona o para el grupo que representan.

Así, el trabajo de voluntarios constituye una forma de producción social que trasciende ampliamente el espacio doméstico y que cumple un papel central en el sostenimiento cotidiano de las comunidades. Lejos de representar únicamente una estrategia de ocupación del tiempo disponible tras la jubilación, estas actividades generan vínculos, movilizan recursos y contribuyen a enfrentar desafíos crecientemente relevantes en una sociedad que envejece, como la soledad, el aislamiento y la fragilidad de las redes de apoyo.

3. Implicancias para las políticas de envejecimiento

La evidencia reunida en este reporte converge en una agenda de tres tareas para las políticas de envejecimiento: reconocer el trabajo no remunerado que las personas mayores continúan sosteniendo, medirlo con la misma rigurosidad con que se mide el trabajo remunerado, y redistribuirlo de manera más equitativa entre géneros y entre las familias, el Estado, el mercado y la comunidad. Los siguientes puntos propuestos desarrollan dicha agenda.

1. Incorporar el trabajo no remunerado como un componente estructural de las políticas de envejecimiento, y medirlo con el mismo rigor que el trabajo remunerado

El trabajo no remunerado constituye una dimensión permanente de las trayectorias de envejecimiento, y no una actividad residual posterior a la jubilación. Si bien su composición cambia a lo largo del curso de vida, las responsabilidades domésticas, de cuidado y comunitarias continúan ocupando una parte significativa del tiempo de las personas mayores, especialmente de las mujeres.

Este resultado plantea la necesidad de ampliar los marcos analíticos desde los cuales se diseñan las políticas de envejecimiento. Tradicionalmente, los instrumentos públicos han tendido a abordar el bienestar de las personas mayores a partir de dimensiones como ingresos, salud, dependencia o participación social, mientras el trabajo no remunerado permanece prácticamente ausente de los diagnósticos, sistemas de información y mecanismos de evaluación. Esta ausencia no es solo conceptual: mientras las estadísticas laborales continúan privilegiando la participación en empleo remunerado, una parte significativa de las contribuciones realizadas durante la vejez ocurre mediante trabajo doméstico, cuidados familiares, participación comunitaria, apoyo vecinal y otras formas de producción social que sostienen el bienestar cotidiano de hogares y comunidades, sin quedar capturada por los sistemas habituales de información.

En consecuencia, avanzar hacia una política integral de envejecimiento requiere incorporar de manera sistemática indicadores relativos al uso del tiempo, responsabilidades de cuidado, trabajo doméstico y participación comunitaria dentro de los sistemas de monitoreo y evaluación de políticas públicas. Esto supone fortalecer las encuestas de uso del tiempo, desarrollar indicadores específicos sobre trabajo comunitario y cuidados realizados por personas mayores, y promover metodologías que permitan estimar tanto su magnitud como su contribución al funcionamiento de la economía y del sistema de bienestar. Contar con esta información permitiría comprender de mejor manera las restricciones cotidianas que enfrentan las personas mayores para ejercer su autonomía y participar en otras dimensiones de la vida social.

2. Transitar desde una política centrada en la dependencia hacia una política centrada en la organización social del cuidado

Junto con ampliar los marcos de medición, es necesario revisar el enfoque con que se aborda el cuidado. Uno de los principales hallazgos del estudio es que las desigualdades observadas durante la vejez responden a procesos acumulativos desarrollados durante todo el curso de vida. Las mujeres no sólo presentan mayores niveles de participación en el trabajo doméstico y de cuidados, sino que continúan asumiendo estas responsabilidades una vez finalizada la vida laboral y, frecuentemente, después de haber concluido las labores de crianza. Este resultado sugiere que las políticas de cuidado no deberían limitarse exclusivamente a responder situaciones de dependencia funcional, sino incorporar una perspectiva preventiva y de curso de vida que considere la acumulación de responsabilidades de cuidado como un factor estructural de desigualdad.

Desde esta perspectiva, el fortalecimiento del Sistema Nacional de Apoyos y Cuidados representa una oportunidad para avanzar hacia esquemas de corresponsabilidad que articulen de manera más equilibrada las responsabilidades entre familias, Estado, mercado y comunidad. Ello supone no sólo ampliar cobertura, sino también fortalecer servicios de respiro, apoyos a personas cuidadoras, estrategias de formación y mecanismos que permitan reducir la intensidad del cuidado asumido por una misma persona durante largos períodos de tiempo.

3. Reconocer el trabajo comunitario como infraestructura social para el envejecimiento

Esta misma lógica de reconocimiento se extiende más allá del cuidado familiar hacia el trabajo comunitario. Una proporción importante del trabajo no remunerado desarrollado por las personas mayores ocurre fuera del espacio doméstico mediante organizaciones territoriales, agrupaciones funcionales, voluntariado, apoyo vecinal y diversas formas de participación comunitaria. Estas actividades cumplen funciones que exceden ampliamente la recreación, constituyendo mecanismos relevantes para enfrentar la soledad, fortalecer redes de apoyo, facilitar el acceso a servicios y aumentar la cohesión social de los territorios.

En este sentido, la evidencia coincide con la literatura reciente que plantea que buena parte de este trabajo permanece invisibilizado por las nociones tradicionales de productividad, pese a constituir un componente esencial del funcionamiento cotidiano de las comunidades (Stewart et al., 2022).

Lo anterior plantea la necesidad de que las políticas públicas de participación reconozcan explícitamente el valor estratégico del trabajo comunitario desarrollado por las personas mayores. Más que entender estas organizaciones como espacios complementarios de recreación, los resultados sugieren abordarlas como infraestructura social para el envejecimiento, fortaleciendo sus capacidades organizacionales, simplificando procesos administrativos, promoviendo el recambio dirigenal y desarrollando mecanismos permanentes de apoyo técnico y financiero que aseguren su sostenibilidad.

4. Incorporar una perspectiva de género basada en trayectorias acumulativas

El género, finalmente, atraviesa transversalmente los tres puntos anteriores. La evidencia cuantitativa y cualitativa coincide en mostrar que las desigualdades observadas durante la vejez no se originan en esta etapa del ciclo vital, sino que representan la acumulación de decisiones, normas sociales y responsabilidades distribuidas diferencialmente entre hombres y mujeres durante décadas. En consecuencia, la incorporación de un enfoque de género en las políticas de envejecimiento no debiera limitarse al diseño de programas específicos dirigidos a mujeres mayores, sino considerar las trayectorias que estructuran dichas desigualdades.

Esto supone fortalecer políticas orientadas a promover corresponsabilidad desde edades tempranas, incorporar el impacto acumulativo del trabajo no remunerado en los sistemas de protección social y desarrollar mecanismos que permitan compensar las desventajas económicas derivadas de trayectorias prolongadas de cuidado. Asimismo, implica reconocer que las mujeres mayores constituyen simultáneamente uno de los principales grupos proveedores de cuidados y uno de los grupos más expuestos a sus consecuencias económicas, sociales y sanitarias.

Reflexiones finales

Los resultados de este estudio muestran que el envejecimiento no implica un retiro del trabajo, sino una transformación de las formas en que éste se expresa. A medida que disminuye la participación en el mercado laboral, las personas mayores continúan realizando una amplia variedad de actividades indispensables para el funcionamiento de hogares, comunidades y redes de cuidado. Sin embargo, estas contribuciones permanecen insuficientemente reconocidas por las estadísticas tradicionales y por los marcos desde los cuales se diseñan las políticas públicas.

Desde esta perspectiva, el principal desafío para la sociedad chilena en su conjunto consiste en superar una mirada centrada exclusivamente en las necesidades de las personas mayores e incorporar también su papel como proveedoras de bienestar social. Reconocer, medir y redistribuir el trabajo no remunerado aparece no sólo como una estrategia para reducir desigualdades de género, sino también como una condición necesaria para fortalecer la sostenibilidad de los sistemas de cuidado y responder al acelerado proceso de envejecimiento demográfico que experimenta el país.

Referencias

- Adjei, N. K., & Brand, T. (2018). Investigating the associations between productive housework activities, sleep hours and self-reported health among elderly men and women in western industrialised countries. *BMC Public Health*, 18(1), 110. <https://doi.org/10.1186/s12889-017-4979-z>
- Akhter-Khan, S. C., Hofmann, V., Warncke, M., Tamimi, N., Mayston, R., & Prina, M. A. (2023). Caregiving, volunteering, and loneliness in middle-aged and older adults: A systematic review. *Aging & Mental Health*, 27(7), 1233-1245. <https://doi.org/10.1080/13607863.2022.2144130>
- Di Gessa, G., & Grundy, E. (2017). The Dynamics of Paid and Unpaid Activities Among People Aged 50-69 in Denmark, France, Italy, and England. *Research on Aging*, 39(9), 1013-1038. <https://doi.org/10.1177/0164027516654521>
- Esquivel, V. (2012). Cuidado, economía y agendas políticas: una mirada conceptual sobre la “organización social del cuidado” en América Latina. En *La Economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (pp.141-189). ONU Mujeres.
- Geist, C., & Tabler, J. (2018). Somebody has to DUST! Gender, health, and housework in older couples. *Journal of Women & Aging*, 30(1), 38-48. <https://doi.org/10.1080/08952841.2016.1259442>
- Gil-Lacruz, M., Saz-Gil, M. I., & Gil-Lacruz, A. I. (2019). Benefits of Older Volunteering on Wellbeing: An International Comparison. *Frontiers in Psychology*, 10, 2647. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2019.02647>
- Grünwald, O., Damman, M., & Henkens, K. (2021). The Differential Impact of Retirement on Informal Caregiving, Volunteering, and Grandparenting: Results of a 3-Year Panel Study. *The Journals of Gerontology: Series B*, 76(3), 607-619. <https://doi.org/10.1093/geronb/gbaa221>
- Haley, W. E., Roth, D. L., Sheehan, O. C., Rhodes, J. D., Huang, J., Blinka, M. D., & Howard, V. J. (2020). Effects of Transitions to Family Caregiving on Well-Being: A Longitudinal Population-Based Study. *Journal of the American Geriatrics Society*, 68(12), 2839-2846. <https://doi.org/10.1111/jgs.16778>
- Mao, L., & Normand, C. (2022). The effect of volunteering on employment: Evidence from The Irish Longitudinal Study on Ageing (TILDA). *The Journal of the Economics of Ageing*, 21, 100350. <https://doi.org/10.1016/j.jeoa.2021.100350>
- Observatorio del Envejecimiento (2024). Dinámicas de cuidado de nietos en población mayor: Ser abuelos hoy. Año 5, v31. Centro de Estudios de Vejez y Envejecimiento de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Compañía de Seguros Confuturo.
- Ophir, A. (2021). The Paid and Unpaid Working Life Expectancy at 50 in Europe. *The Journals of Gerontology: Series B*, 77(4), 769-779. <https://doi.org/10.1093/geronb/gbab223>
- Ophir, A., & Polos, J. (2021). Care Life Expectancy: Gender and Unpaid Work in the Context of Population Aging. *Population Research and Policy Review*, 41(1), 197-227. <https://doi.org/10.1007/s11113-021-09640-z>

Petry, S. E., Lara, L., & Boucher, N. A. (2024). Older Caregivers: Who They Are and How to Support Them. *Journal of Aging & Social Policy*, 36(4), 589-602. <https://doi.org/10.1080/08959420.2022.2051683>

Spatuzzi, R., Giulietti, M. V., Romito, F., Reggiardo, G., Genovese, C., Passarella, M., Raucci, L., Ricciuti, M., Merico, F., Rosati, G., Attademo, L., & Vespa, A. (2022). Becoming an older caregiver: A study of gender differences in family caregiving at the end of life. *Palliative and Supportive Care*, 20(1), 38-44. <https://doi.org/10.1017/S1478951521000274>

Strauss, S., & Trommer, K. (2017). Productive Ageing Regimes in Europe: Welfare State Typologies Explaining Elderly Europeans' Participation in Paid and Unpaid Work. *Journal of Population Ageing*, 11(4), 311-328. <https://doi.org/10.1007/s12062-017-9184-4>

Swinkels, J., Tilburg, T. V., Verbakel, E., & Broese van Groenou, M. (2019). Explaining the Gender Gap in the Caregiving Burden of Partner Caregivers. *The journals of gerontology. Series B, Psychological sciences and social sciences*, 74(2), 309-317. <https://doi.org/10.1093/geronb/gbx036>

Vangen, H., Hellevik, T., & Herlofson, K. (2021). Associations between paid and unpaid work among Norwegian seniors: Competition, complementarity or continuity? *European Journal of Ageing*, 18(4), 479-489. <https://doi.org/10.1007/s10433-021-00615-9>

Observatorio del Envejecimiento UC para un Chile con Futuro

Reporte “Personas mayores y trabajo no remunerado: La tarea que no termina.

Trayectorias del trabajo no remunerado y persistencia de las desigualdades de género durante la vejez”

Investigadores

Valentina Jorquera Samter

Asistentes de Investigación

Ricardo León Córdova

Comité Académico Asesor

Macarena Rojas Gutiérrez

M. Soledad Herrera Ponce

Sara Caro Puga

Ignacio Cabib

Edición Lingüística

Macarena Pye

Asistentes de edición

Dirección de arte agencia Dale Publicidad

Centro UC
Estudios de Vejez
y Envejecimiento

El Observatorio del Envejecimiento UC-Confuturo es una iniciativa desarrollada por el Centro UC Estudios de Vejez y Envejecimiento y la Compañía de Seguros Confuturo.

Por favor cite este reporte así:

Observatorio del Envejecimiento (2026). “Personas mayores y trabajo no remunerado: La tarea que no termina. Trayectorias del trabajo no remunerado y persistencia de las desigualdades de género durante la vejez”. Año 6, v45. Centro de Estudios de Vejez y Envejecimiento de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Compañía de Seguros Confuturo.